

FRUELA FERNÁNDEZ
UNA PAZ EUROPEA

PRE-TEXTOS, POESÍA
PREMIO “VILLA DE COX”
(ALICANTE)
2015

¿¿¿El jurado, constituido por:
D. Ferran García, D. Pablo Perales, D. Manuel Ramírez y D. Jesucristo Riquelme???,
otorgó por unanimidad el Premio “Villa de Cox” de Poesía,
correspondiente a la convocatoria de 2015,
al libro
Una paz europea
de FRUELA FERNÁNDEZ



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: PRE-TEXTOS (S.G.E.)

Primera edición: ¿? de 2016

© Fruela Fernández, 2016

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2016

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

y

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE COX

(ALICANTE)

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-¿? - DEPÓSITO LEGAL: V-¿?-2015

¿¿¿ROMEU IMPRENTA???

UNA PAZ EUROPEA

A Cholo, a Luchi, a Charo

EL último día del año
todas las ciudades pueden disfrazarse

Impune, Marrakech se prueba
la ropa de París

Madrid se sueña libre

Trinidad revienta el Banco de Inglaterra

JOHN BERGER

POR la parte de Paxumal, los abedules techan el camino
y nos oscurecen.

Sólo al pasar Riparape vuelve a abrirse
y vemos el valle, otra vez, estrecho y hondo,
entre los huecos que dejan las colinas, encajadas como
nudillos.

Tenemos poco prado y es empruno. Repartos de repartos familiares
que disminuyen de hermano a hermano, de primo en primo, por
todo el monte.

Cada árbol tiene su tiempo. Cuando le toca, descarga. O suben los
gusanos. O las nubes de la fábrica coinciden con la lluvia y el fruto
cuece en la rama.

Vamos de un árbol a otro, pisando fruta podre, viendo qué nos queda:
prunos, piescos, manzanas de sidra, manzanas de asar, manzanas
de compota.

Mi abuelo saca dos sillas de la chabola. *Sabes tú que nun soy de muchu
charrar*, pero le gusta que nos sentemos fuera, hacia los montes.

De cerca veo otra vez su lunar, el que se mueve. Una esquirla que le
saltó en el taller, cuando hacían hexágonos:

uno tenía por la forma, otro descargaba el pilón.

La esquirra entró en el labio y aún avanza con la sangre, azulada.

(En el monte no se entiende el camino.

Las curvas se pliegan y se estiran, a golpes.)

Una vez me enseñaron el árbol de familia, las fechas, los pueblos de

los que fuimos bajando: Perabeles en el XVIII,

Riparape,

Les Pieces al cruzar el XX

y, monte abajo, raleando entre la maquinaria,

por El Trabanquín,

hasta El Llungueru.

Treinta quilómetros en trescientos años,

como si lleváramos el valle a cuestras.

MI cuerpo

lo arruinó el clima.

Así,
cuando los troncos escarian
y la piel escaria
y la mano, como un obrero interno,
rasca costra que marca
el fin
del talento carnal
y el gato es un burullo
en el bosque de moqueta.

Así,
con pie de zambo,
crecido de cobertor,
me arruiné.

(El pasto está muy breve en las aceras. Como rapa de hooligan.

El pasto aún muy breve en las cabezas.)

A veces
pasa una aldea kurda por la calle,
cinco
 si caminan juntos,
 en los pliegues forman
constelación de aldea.

¿A ti llevaronte al médicu?
A mí en llegando pasáronme un control,
 sangre y rayos equis,
 y mi abuelo tres días en el carbonero,
de Sama hasta Vilvoorde,
 gacho como buey, mudo entre belgas.
(Con las manos se explicaba el torno y las juntas, igual
que núcleos vegetales. Con las manos, las piezas. Y el dedo
que le falta, el de apuntar en monte para decir *heló*, sigue allí,
germina.)

Ahora duermen los barrios. Las gaviotas cloacan la nuca
 de la estatua. La piel nativa brilla entre la piel nativa.
Pero ella
no se deja en la tela, se trae justa en el nombre:
 Mi exilio y tu éxodo no caben en una cama de noventa.

El dique se abre al río umbro, la nube embarrada arrastra el casco
de los balleneros, una sal lenta por las plantas,
aún nada nos mueve

Y al limpiar de rizos el desagüe

la edad de tantos
me alcanza –

tibia aún la carta que mantiene

mi cuerpo

sin país.

EL dinero es el emblema.

Mírales los gestos:

la torsión,

el ángulo

del cuello con el brazo,

la longitud del movimiento —

el dinero los forma,

los precisa,

pone el eje a su espacio,

como el libro en la cabeza de la niña

que aprende a usar tacones

con una institutriz del XIX.

El dinero es el emblema —

el que aprieta sus lumbares cuando giran,

tensos como el momento antes del látigo:

«Este es mi asiento»,
 «Cuidado con la bolsa»,
«¿Podrías darte prisa?».

La última vez pagaba con moneda
costera.

 Ahora traigo euros,
 mezclados con las libras
que me arriendan.

Hay más colores coloniales

–el naranja hipotecario,
 el azul celular–

pero resiste
 el blanco de los álamos,

despistados
en sus corros.

Quedan las casas de oficiales,
 la pintura en musgo
y la cerveza oscura.

MI abuela (joven) y mi madre (niña)
esperan
entre un bulto de gente.

La acera está llena de capazos y maletas, como si preparasen desde
muy temprano el mercado del lunes.

Muchos no han salido del valle,
conocen la distancia por la radio y las postales de un viaje de bodas,
aquella mujer que sólo fue al mar a los cincuenta:
–Meca, nunca vi un prau tan grande.

(Quizá alguien canta igual que se cantó en el puerto, quizá alguien
prueba

Adiós

conceyu Quirós,

adiós Mieres, adiós Sama,

adiós Puente de los Fierros,

que ya marchó pa L'Habana.)

Esperan el carbonero

que une la hilera de las minas –cerrado cada giro, siguiendo

la fuerza del cordal– con Oviedo.

Pero hoy traen

–separados los de monte y los de fábrica, como dos pueblos
desconfiados, cuidando sus latas, sus botellas, sus jaulas–
los visados de tres años.

Si va bien, les dicen, llegarán de miércoles.
Pronto el autobús huele a chorizo fresco y a campesino dormido.

Poca harina

y tanta agua

(o aire)

en este

que llaman *pan gallegu*,

pero está hecho aquí.

Una hormiga se apura

con el resto que dejo

al cortar.

Tengo poca sustancia,

voy por pan para estirar los huesos

y darle

un duru a ganar

al de la tienda nueva.

De lejos envejezco

mejor que mi pueblo,

porque no vivo en él puedo serle

amargo
y leal.

La yerba crece en forma por la loma
de la mina cerrada,
pero la tierra no tiene,
se esfarrapla al subirla
como una tropa de lentejas.

Aunque el mismo sol decida las hortensias,
aunque el liquen, misántropo, cubra la pista de tenis,
no estoy en casa.

OTRA COSA NO,
pero pisos he visto.

La bóveda tumbada
de playeras y cartones
que cercaba el televisor
(corral parco,
aunque no pobre,
o pobre sólo
de hábito).

El compañero bizco
que olvidaba la velocidad del aceite
al saltar

olivas con panceta.

La llave del casero bajo el tiesto de loza,
revuelta como un meruco entre la tierra.

Más vale que el serbal sea tímido
y el canalón aguante;
más vale que la pared no críe,
como la manzana, siempre verde, de Sudáfrica.

En el Norte
el miedo es un descubrimiento:
no el miedo al cierre
al plazo
a la caída
sino el miedo de que exista
algo distinto al Norte,
ligero,
un gas que se filtrara por las juntas
y brillase un momento,
como una acusación.

(A veces, durante la cena, hay una mueca o una pausa
o un murmullo,
y entonces sé
que no han entendido.

Porque entienden las frases, los acentos copiados, entienden incluso
los embales
de tiempos y flexiones –
pero ese brillo,
como una llave bajo un tiesto de loza,
no lo entienden.)

PASAMOS AÑOS PREPARANDO EL EXILIO,
negociándolo,
 asumiendo su lógica
europea.

Y nos llegó
sin emoción,
 con el pasmo seco
del que reconoce
 un nombre en una esquila.

Esa fue la pobreza.

 Pusimos estatua
al primero que comprendió la unión
del río con la piedra
 y nos fijó, así,
un arquetipo:
las galerías que endurecen al descender,
 la corriente que arrastra sobras negras.

Pensamos

(o pensasteis, o pensamos a medio paso mientras pensabais en picado,
a plomo)

que bastaba retener el arquetipo,
que el resto

–los chutes, los bypass, las alambradas, la prórroga
de los hijos, los caminos a la meseta–
sólo eran correcciones,
costes precisos
para la Gran Imagen –

y no las formas
de una segunda fundación,
más brusca que el río,
más oculta que el centro
de las galerías.

(La primera fue sobre helechos, por eso decimos
Felgueroso, Felechosa, La Felguera;
la segunda
será sin habla,
no hay verbo que tense

la suciedad del pacto,
la lentitud sonora del escalagüerto
que reptaba entre las zarzas del Nitrógeno.)

Porque el trabajo nos hizo
y nos dejó,
como la capa de hormigón que sella un silo
o afirma kilómetros de carretera
subvencionada
para sacarnos de aquí,
bien vencidos.

AHÍ, detrás del puente,
 donde esa sábana anuncia una boda,
 ahí
 (no lo veréis ahora, con tanta mata),
 en el verano del 36,
 los anarquistas construían blindados –
 camionetas requisadas que cubrían de chapa,
 armadillos minuciosos,
 en cal tiosa cada nombre
 CNT – FAI – UHP
 hacia el frente de Oviedo.

La guerra aún no lo era,
 aún creían
 que lo viejo
 se desplomaba
 queriendo
 negar lo nuevo.

Aquel verano fue como el mortero que cegó al Padrino Camilo
 en El Mazucu:

un zumbido que se mezcla con la luz, arriba,
y parece indeciso,
 aunque el metal no tenga humores,
hasta que la espoleta
revienta.

*N*UESTRA alegría es la pena del ganado:

sol

que arrasa el pasto hasta la roca,

lo escribí hace un mes y cada día

parece que redoblan las millas,

que la isla se entrega más al mar,

ahonda,

una explosión de tiempo

la aparta e impide

comunicar

el tiempo anterior.

Corto verano, talaron

el arbusto

que no supe nombrar

(tampoco ella, con su costazo leve y su temor más digno, sentada
en las escaleras)

y hay avispas en el bancal,

donde el tronco fundió tras las lluvias de julio.

Arrubiada,

rama de pecas por la nariz,

la jardinera
del peto tejano junta acelgas,
rúcula, hinojo,
tres o cuatro flores de ensalada
y tomates,
ámbar y débiles
como el sol nórdico.

El deseo no tiene lugar,
quiero decir
que ni se cumple
ni pertenece
a un espacio.
Pero la alegría es un cultivo enclenque,
agarra mal en este suelo.

*M*ARIE: *très bien.*

Mi madre siempre es *Marie: très bien* en los informes del colegio.

Marie:

un acercamiento –incompleto, conveniente como un silbido en una
cuesta– al nombre,

ese que recupera en casa o en los veranos que la devuelven al jardín
de los primos, entre la yerba segada y la intuición de que el viaje
dura demasiado para no sentir,

a la llegada,

que tampoco allí está completo el nombre, ni la niña.

Mi madre y mi abuela comparten nombre y, con él, la habilidad
de reconocerse en las variables:

Ma-rie, Ma-ri-à.

Porque si alguien quisiera llamarlas,
si alguien quisiera pronunciar esa combinación

RO-SA-RIO

de la erre rodada y la erre suave,

si la maestra, el patrón, la casera se enredaran en la fonética,
si tropezasen por cortesía,
acabarían

en otro patio, uno de colchones apilados y leche mal fregada,
lejos del gótico, lejos
de las lavadoras automáticas.

Por eso las dos, aproximadas, viven con el nombre manso
y cuando el belga quiere felicitar a mi abuela dice:

–*Marià,*

vous parlez comme un petit noir,

habla usted como un negrito.

en brazos
sindicales–

y arroja,
sin historia ni espina,

el símbolo.

/

Ahí se abre el pudor
del recuerdo,
era guaje, me importaba
menos la muerte que la televisión,
más la promesa de mi cara
que la cara de enterrar al hijo,
y con mi amigo de misa esperaba junto al quiosco:
–Ponte aquí, que salimos en el parte.

Cuando Roces dimitió por la humedad y la sordera,
mis abuelos hicieron campaña por Morán.
Repartían folletos del PSOE,
calendarios con retratos de Pablo Iglesias, Largo Caballero, Carlos
Marx.

Algunos sábados subíamos por la sebe hasta la Venta
l'Aire. A la altura de La Panera empezaba a vibrar la electricidad –
los transformadores,

granates,

crujían como un rallador contra otro—

y nos encorvábamos porque apretaba en los oídos

hasta que casi

podía tirarnos.

Si era tiempo de castañas nos metíamos por el ramal
y abríamos oricios con el cayado

para ir escogiendo.

En el embalse de la térmica

el agua

criaba olas de musgo

y un barro suave,

como leche y cemento.

Cuando tiraba piedras

no rebotaban,

dejaban un hueco

que se encogía

y se tapaba.

molesta como un cúter por el cristal,
y se miran y arquean a la vez
un «qué curioso»,
bajo y flexible,
que apaga la charla y la devuelve
al rincón de las bebidas.

(Pero qué alma puedo juzgar
con esta pequeña alma mía,
atorada de invierno, que toma por país
la rigidez de la edad,
su zureo
o los nervios, romos por la aceleración
del capital.

¿Fue antes la fusta que la flema,
fue antes la austeridad
o el alma escasa?)

no es la mano siria o libia o amputada
que no abrirá la puerta ni palpará el color,
también
es una mano con suerte.

El gato del ebanista lo sabe.
Le operaron
para hacerle doméstico
y que no oliese riesgo en la ropa de las visitas.
Con su paz de castrado paga el pienso
y el sueño,
rayo fofo
sobre un mueble naranja.

La carne renta tanto
(otra vez el tintineo)
por cada hora encogida en el trabajo
y cada hora tendida en el no trabajo.

La carne renta y se estría y se contrae
como la primera nieve y la segunda tierra
en la misma
tormenta rota por el viento.

15

(Plaça del milicià desconegut)

«**P**ORQUE está hecho de tierra

(ex humo)

se llamará *humano*»,

la fábula latina

aparece en un libro

mientras se alejan

el río

y la montaña leprosa.

Vuelo siempre con inquietud,

temo ver que la tierra de casa

se haya movido tanto

como la tierra en mí

y que una

ya no abrace a la otra.

El otro día, en el museo, me paré ante la silla

de un comerciante,

bella como algo impropio,

y supe

que este fue otro país,

menos oscuro,
fácil como un aire de costa.

Y supe también que esa silla
contenía a su enemigo –

porque una vida fue ligera y cantable,
otra comprendió que, a veces, el terror
protege más que una casa.

Ahora a la guerra de clase la llaman *turismo*,
la llaman *movilidad*.

Las calles valen para esperar,
para techarse en un portal si llueve
o venderle cerveza a alguien
pelado por el sol.

Pero creo en las señales,
quiero creer en esta plaza que canta

la ocasión de ser
más que nosotros
y nuestro encuentro
de limitaciones,

aunque seamos infantiles
y trabados
y nos dure la fe como los céntimos.

ENVÍO

Tal vez un libro sea la admisión de que uno, por suerte, nunca deja de ser parte de los demás. Gracias a Andrés Navarro, Carlos Pardo, Lino González Veiguela, Francisco Alba y Felipe Romero, que le dieron la distancia necesaria. Guillermo López Gallego propuso una invitación que inició el libro y Alberto Santamaría otra que lo situó. «Nuestra alegría...» comenzó en una promesa (mal cumplida) a Txe, Lili y Jose. Sergio Gutiérrez Camblor acogió la primera versión de «Plaça del milicià...». Algunas secciones avanzaron o se modificaron en paseos con Abel Arias, Javier López Alós y Cecilia Brioni. Y Biscuit se coló, sin saberlo (quizá dormía).

ÍNDICE

1	00
2	00
3	00
4	00
5	00
6	00
7	00
8	00
9	00
10	00
11	00
12	00
13	00
14	00
15	00

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE
UNA PAZ EUROPEA
DE FRUELA FERNÁNDEZ
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA ¿? DE MARZO DE 2016

